

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## UN OBJETIVO HISTORICO

# EUROPA NO ES UN PRETEXTO

La palabra Europa despierta, al parecer, alergias en los zolotes del inmovilismo. Decir Europa es decir levantar recelos entre quienes miran al otro lado de los Pirineos con desprecio y sospecha. Se piensa, por ejemplo, que el europeísmo es un vocablo cargado de resonancias liberales y lo que es más grave, «demo-liberales», locución que enfurecía a Hitler y a la que dedica sus más feroces diatribas en las bucólicas páginas de «Mein Kampf». «Europa —se ha escrito recientemente— es un pretexto.» Una excusa para meter dentro de una España dogmática y virginal, entregada al sesteo, esa terrible ponzoña que envilece a la Europa occidental, llamada «los partidos políticos». Como hacía el predicador Campazas para impresionar a sus auditorios, infelices y atemorizados, ahora este fray Gerundio Ramirez inventa su maniqueo, revestido de argumentos falaces e imaginarios que rebata brillantemente en torneo solitario consigo mismo. Los partidos políticos son la Europa de los Diez. Es así que la partitocracia es mala. Luego, la Europa de los Diez no podrá construir nunca un Continente unido.

Así de sencillo. Cualquiera que se haya asomado a los diez países de la Comunidad sabe que el tema de los partidos políticos no es el dato esencial en la estructura de sus regímenes respectivos. Es uno de los aspectos del rodaje institucional homogéneo de aquellos países que han decidido aceptar el Tratado de Roma como base de su libre asociación. El Tratado de Roma y, en general, el espíritu que lo hizo posible, brotaron de la posguerra del 45, como resultado de varios factores concomitantes. Uno era de carácter técnico y comportaba la exigencia de una dimensión mínima a los mercados consumidores de la sociedad industrial. Otro, era de tipo internacionalista y representaba la superación del nacionalismo inter-europeo, que había desencadenado la última contienda y causado con ella cerca de cincuenta millones de muertos. El tercero era de tipo ideológico y tenía como fin asentar y consolidar un orden institucional democrático en la Europa occidental. Se quiera o no, la guerra del 39, al 45 tomó el sentido de una lucha de la ideología democrática contra el totalitarismo nacional-socialista. Resultaba lógico, pues, que en la iniciativa de unificación europea el consenso del pensamiento político que había de inspirar aquella construcción tuviera ese signo preponderante. Cuando se dice que el texto literal del Tratado de Roma no contiene ninguna condición de ese carácter, parece olvidarse que los seis países fundadores, y los cuatro que ahora se incorporan, hacen del credo democrático raíz y sustancia de su vida pública. Es como si alguien dijera que los obispos reunidos en un sínodo no habían hecho explícita profesión de pertenecer a la religión católica antes de comenzar sus sesiones. Los seis países, ahora los diez países, son democracias activas con características diversas, pero con una convicción común: que la soberanía reside en la sociedad.

Y que, en definitiva, es a ésta, es decir, al país, al que corresponde decidir libremente sobre su destino futuro; sobre la orientación de su gobierno; sobre la solución de los problemas pendientes; sobre la mejor forma de organizar, en beneficio del mayor número, la cosa pública.

La comunidad de una nación es algo vivo, cambiante y en evolución. Y por consiguiente sometido a tensiones, conflictos y dificultades. En un tipo de sociedad tecnificada vertiginosamente como la que hoy predomina en el Occidente europeo, las corrientes de opinión, las aspiraciones de los distintos grupos y estamentos, las presiones de los sectores más poderosos, representan un notable cúmulo de dificultades para la tarea de cualquier gobierno, sea de signo izquierdista o conservador. El espíritu de los Diez consiste en defender a todo riesgo la predominancia de las coordenadas democráticas y la organización social de las libertades públicas en el Estado moderno. No es un propósito sencillo, ni cómodo. A cada paso vemos cómo tiene que luchar el Estado democrático por defenderse contra los dos principales enemigos. A la izquierda, la subversión de diversa índole que se propone destruir el sistema establecido, utilizando a veces el rescoldo de las propias libertades que el orden democrático mantiene y garantiza. A la derecha, por los que postulan una regresión al totalitarismo nacionalista y dictatorial invocando el riesgo de la subversión y tratando de impresionar el ánimo de la burguesía establecida con el anuncio de insurrecciones anárquicas. Hasta ahora, en ninguno de los diez países se ha dado el caso de que las Fuerzas Armadas hayan sido tentadas con éxito para intervenir en la función política. Los Diez tienen ejércitos —algunos de ellos muy importantes y con altísimos presupuestos específicos— que aceptan el orden constitucional democrático y gozan del respeto y consideración unánimes de los grupos y partidos de cada nación. Ello también forma parte esencial de las reglas del juego.

¿Hay partidos políticos en el sistema político de los Diez? Claro que los hay, como reflejo simbólico de los diversos pareceres que forman el conjunto de la opinión pública. Como hay parlamento, sufragio universal, libertades de expresión y sindicalismo plural. Pero el partidismo, que es un artificio de la democracia parlamentaria, tiene entre ellos matices muy diversos. En Gran Bretaña, por ejemplo, inventora del sistema, un método de autocorrección institucional ha logrado que el bipartidismo siga funcionando, de hecho, como alternativa única del ejercicio del poder, contribuyendo así a su estabilidad. En Alemania Occidental, el bipartidismo es una realidad fáctica apoyándose para su existencia en una limitación electoral reglamentada, que hasta ahora ha dado buenos resultados. En Francia, desde la Quinta República, el semipresidencialismo apoyado en la elección del Jefe del Estado por sufragio directo ha llevado asimismo a consolidar al posgaullismo —la U.D.R.—

como partido de vocación mayoritaria frente al centro y a la izquierda. En Italia, en cambio, el multipartidismo no ha logrado ser superado, pese al esfuerzo de la democracia cristiana y al notable apoyo electoral de que goza en las consultas populares, seguida por el Partido Comunista italiano, con su casi invariable 25 por ciento de los votos emitidos. Cada uno de estos países tiene, pues, su problema partidista y su intento de solución lograda o fallida. Pero lo importante en cada caso es, para ellos, que la forma democrática subsista.

El sistema de partidos, como toda invención humana, está sujeto a yerros, a críticas, a imperfecciones. Cuando los partidos son ficticios o no cuentan con seguimiento popular, o se falsea el sufragio, o se inventan desde el poder o se dispersan en número, el procedimiento funciona mal. Cuando el sufragio es auténtico y libre y se reduce o se limita el número de partidos, el método es tan válido como otro cualquiera para conocer las tendencias mayoritarias de la opinión. Los muchos partidos son malos porque complican innecesariamente el apoyo parlamentario de los gobiernos y atomizan las fuerzas políticas. De ahí la tendencia a simplificar el proceso haciéndolo binario o, en todo caso, triplice.

Pero hay algo peor que el sistema de los múltiples partidos políticos —y los países de la Comunidad Europea lo saben— y es el sistema de partido único. Cuando el partido es uno solo, excluye a los demás; se declara único depositario de la verdad, intérprete exclusivo de la nación y monopolista del patriotismo. Convierte al partido en iglesia; a su programa, en dogma; a los adversarios, en herejes y a los seguidores en fieles, sujetos a jerarquía e inquisición.

Italia y Alemania conocieron la experiencia y no querían volver a vivirla por lo cara que les resultó. El resto de Europa tampoco guarda buen recuerdo de lo que le costó la aventura del monopartidismo. En la parte del mundo dominada por el sistema marxista de inspiración staliniana funciona también el partido único como base institucional burocrática que impide la existencia de las libertades humanas en la sociedad y alcanza inevitablemente cotas altísimas en el nivel de las aparentes consultas electorales y plebiscitarias. Allí también puede que piensen que «lo de Europa sea un pretexto».

La Europa de los Diez no es un pretexto, sino una realidad política viva, en marcha hacia un objetivo histórico: la unificación de los pueblos del viejo Continente. Pero esta gran aventura del espíritu occidental se llevará a cabo dentro de un propósito que comporta el respeto a la opinión libre de la sociedad, el consenso de los pueblos hacia sus gobiernos, el control social del Estado, la organización de las libertades públicas y un Poder que se apoye en el derecho y en el dinamismo cambiante de la Comunidad.

José María de AREILZA

## LO DE AHORA...

# GUARDAR LAS FORMAS

MUCHO me temo que la cosa sea irreversible. Hasta cierto punto, cuando menos. Hubo un tiempo —yo todavía lo he conocido— en que a los chicos se les enseñaba a ser «bien educados». En el fondo, existía la idea de que la «educación» consistía, básicamente, en la «buena educación». Ignoro si siempre ocurrió así. Es probable que, en todas las épocas, los sectores sociales más conspicuos hayan tendido a ser «bien educados». De hecho, han practicado un determinado repertorio de fórmulas de comportamiento que, al margen de cualquier consideración ética, constituían un modelo ritual de relación. Digamos: una «etiqueta». Una u otra etiqueta. El grado de rigor ha variado, según las circunstancias y los recursos, empezando por las ceremonias y acabando por el trato diario. Palabras, gestos y vestidos quedan sometidos a régimen. Y los estamentos subordinados tampoco escapan al prurito convencional. Desde luego, el origen estaba arriba. No hará falta subrayar las evidencias «etimológicas» de la «buena educación»: «Cortesía» viene de «corte»; «Urbanidad» es asunto de «ciudadanos»; «gentileza» huele a reminiscencia feudal; «elegancia», «delicadeza», «galantería», ya se explican a solas. Pero nunca dejó de haber una versión, unas versiones del mecanismo, proyectadas «ad usum plebis». Incluso en los rincones más rústicos y abandonados flotó, en un momento u otro, el escrúpulo de un mínimo de «corrección». Y eso se está acabando. A la carrera.

Las personas mayores lo observan con pánico o con repugnancia: la gente joven, ahora, está «mal educada». O mejor: «es» muy «mal educada». Los padres y los colegios de pago hicieron grandes esfuerzos por inculcar a los muchachos —«sus» muchachos— la «buena educación» pertinente y deseada. La maniobra no ha tenido el éxito que se esperaba. No hay que exagerar, por supuesto. Todavía abundan los jóvenes «bien educados». Sospecho que, estadísticamente, son la mayoría, aunque la alarma

declamatoria de la gerontocracia afirme lo contrario. Pero también es verdad que estos mismos «hijos» dóciles se permiten algunas libertades incómodas. Modestitas, por lo general: un indumento alegre, alguna displicencia verbal, mostrarse ligeramente escépticos respecto al sexto mandamiento de la Ley de Dios. De ahí no pasan. Una tempestad en un vaso de agua... Con todo, la minoría insolente es cada vez más amplia. Antaño, los «mal educados» eran, o bien cuatro gatos descarriados, «garbanos negros» de familias circunspuestas, o bien la gentuza abominable, rupestre, que se entrega al regüeldo y al reniego sin saber lo que se hace. Ni los unos ni los otros significaban nada. Los primeros, porque eran una excepción, y ya es sabido que las excepciones sirven para confirmar la regla; los segundos, porque nada cabía esperar de su intrínseca obscuridad. Lo de ahora es otro cantar. Lo de ahora...

Sin ser «los más», son «los suficientes», y todos ellos proceden de la «buena educación». Los más vistosos «mal educados» de hoy no acostumbran a ser «nenes díscolos» ni analfabetos feroces: ambos extremos están en plena devaluación. La insurgencia se produce, justamente, entre las provisiones familiares y académicas de una «educación» que se pretendía «buena», y que, por lo visto, ni fue «buena» ni llegó a «educación». Los escritores las señoras con domicilio acreditado, algunos clérigos, los cantantes y los pintores, el alumnado melencólico y con aficiones de leer, somos convictos y confesos de «mala educación». Nuestro vocabulario es soez; nuestro sentido del «respeto» es diferente, en cuanto a las triquiñuelas; el gusto por las ornamentaciones corporales es, en quienes sienten esa tentación, una fantasía divertida. De acuerdo. Bien mirado, y si ser «mal educado» no va más allá, y no va más allá, el episodio resulta tremendamente inocuo. Yo me atrevería a meter en el mismo saco algunas relajaciones de la moral sexual. Todo sumado es poca cosa. Las vestales de la «bue-

na educación» no se dan cuenta de que la partida se juega a otro nivel. El problema —su problema— se sitúa más al fondo. Ya se las arreglarán, si pueden, y no creo que puedan.

Otro aspecto de la peripécia es el alcance que, en la presente y enfática «rebeldía» contra la «buena educación», se le haya de dar a la «educación». Todos mis amigos pedagogos, que son muchos y ejemplares, parten de Freinet, si se resignan a una hipótesis tímida, y los hay que creen que Freinet es el padre Manijón del Neocapitalismo. No entro ni salgo en sus debates. El planteamiento, de principio, es un absoluto «respeto» al niño. Los ancianos piden «respeto»: en nombre de los niños, algunos pedagogos puntualizan la misma reclamación. Todos queremos ser «respetados»: ancianos y niños, altos y bajos, blancos y negros, gordos y flacos. La noción de «respeto» es muy vaga. En realidad, nadie «respetar» a nadie. «Respetar» es chuparse el dedo: uno «respetar», pero los demás no hacen lo mismo. Yo, por temperamento, soy «respetuoso», y me agrada que me «respetasen» como Dios manda. La reciprocidad no se puntualiza. ¿Cuál es el límite del «respeto»? ¿Dónde empieza y dónde termina? Si eso es una fluida opacidad teórica en cuanto a los adultos, ya me dirán ustedes lo que será la perspectiva infantil. ¿Hay manera de «educar» a un niño sin perderle el «respeto»? Descartemos la «buena educación» tópica. La «educación» a secas, si es posible. ¿Qué es «educar»?

Para adornar —y autorizar— mi argumento, echo mano al «Diccionario» de Joan Corominas. «Educar», semánticamente, remite al latín «ducere», que significa «conducir», y a «educere», que vale por «echar afuera» o «criar». La ambigüedad es deliciosa: puede ser aprovechada por tirios y por troyanos. «Conducir» implica el palmetazo, el dogma, el aprendizaje servil, y una concreta «buena educación»; «echar afuera» sería provocar en el chico el desarrollo

de las energías que lleva en sí, sin condicionarlo, y etcétera. Por lo que he podido ver, el ingenuo «freinetismo» local lleva camino de no producir más que simples «mal educados», a fuerza de respetar a las criaturas. E incluso me sobrecoge la perspectiva que los crios que tan «libremente» son educados hoy —echados afuera— más que «conducidos» — sean los fascistas del mañana. Nunca se sabe. En todo caso, éste es el hecho: el «maestro» ha de ejercer como maestro. «Maestro»: domine, señor. Adulto frente al discípulo pueril. El «niño» será lo que digan: lo que le dicten. Sus maestros o sus padres, o el vicario de la parroquia. Su destino depende del «magisterio» más próximo. Lo acepte o lo repudie: a la larga, el maestro es decisivo.

La «educación» no suele ser ya «buena educación», según tengo entendido, ni siquiera en las instituciones más caras. Se ha puesto de moda ser «mal educado», y hasta en las aulas más retrógradas hay una relativa indulgencia de cara a las modalidades más espectaculares —y más superficiales— de la «mala educación». «Guardar las formas» era un criterio. «Vulnerarlas» es otro, y con su pan se lo coman quienes se ven forzados a hacerlo. La «educación» y las «formas» no deberían tener nada en común. O muy poco. Quizás «educar» sea imponer unas «formas» a quien recibe la «educación». Queriéndolo o sin querer, hasta el más «freinetiano» de los maestros es «maestro»: «domine», «señor». Y no es para avergonzarse. Al niño hay que hacer aprender todo: a comer, a andar, a hablar, a pensar («racional» o «raciocinar»). La especie humana tiene esta fatalidad, notoriamente diferente a la de las gallinas o los canguros o las pulgas... La «buena educación» queda descartada. ¿Qué puede ser una sencilla «educación»?

Joan FUSTER



Moderno programa de estudios en seis grados de instrucción según método audio-visual, los últimos medios de enseñanza, laboratorio lingüístico.

**SCHOOL OF ENGLISH**

**Bournemouth** Cursos intensivos de 3-50 semanas de duración. Cursos nuevos se inician cada mes. Cursos especiales de verano de 2-6 semanas, junio hasta agosto.

**Londres** Cursos intensivos de 2-6 semanas, julio y agosto

Informes, consultas e inscripción: Sr B. Tanner, Calle Gerona 174, s. át. 1a, Barcelona 9, Teléfono 257 39 45 (20.00-22.00 h), ó

INTERLINK School of English, 126 Richmond Park Road, Bournemouth BH8 8TH, Inglaterra, Tel. 20983, Telex 41416

**CAMBIE SU VIEJO T.V.**  
POR UN ÚLTIMO MODELO  
PAGAMOS HASTA 10.000 PTAS. POR SU T.V. USADO  
RESTOS GRANDES FACILIDADES  
CONTADO GRANDES DESCUENTOS  
Tels. 232 35 26 - 222 02 91  
**ELECTRONORMA**  
Austias March, n.º 3  
(Pza. Urquinaona)

**CHIMENEAS - HOGAR**  
CONSTRUCCION BAJO TODA CLASE DE DISEÑOS E IDEAS  
**LUIS BRU**  
TODOS ESTILOS - ESPECIALIDAD EN RECUBRIR CAMPANAS, DE COBRE O PLATEADAS  
INFORMACION TEL. 224 8692

